



## El carácter sagrado del otro. Reflexiones a partir de Simone Weil

**Adela Muñoz Fernández**

Universidad Autónoma de Madrid

Entre 1942 y 1943 escribió la filósofa francesa Simone Weil un breve y denso artículo titulado “La personne et le sacré” (“La persona y lo sagrado”) en el cual exponía en qué consiste el carácter sagrado del otro.<sup>1</sup> Este carácter sagrado no consiste en considerar al otro como una persona, pues este concepto no supera el nivel jurídico. “Persona” es un término que, según la filósofa, hace referencia a un orden político establecido por el más fuerte: sólo el decide si el otro cumple los criterios para ser considerado “persona” o no, es decir, para ser digno de respeto o no.<sup>2</sup> Simone Weil pone como ejemplo de ello el contundente relato de Tucídides sobre la guerra del Peloponeso. Los atenienses, en clara superioridad militar, se disponen a masacrar a los habitantes de la isla de Melos argumentando que pertenece a la “ley natural” el que el más fuerte someta al más débil y decida por ello, cómo deben ser considerados estos últimos.<sup>3</sup> Para los atenienses los habitantes de Melos son percibidos como meras presas, posibles competidores por el poder que deben ser eliminados. Pero aunque hubiesen sido considerados como “personas” -en el sentido jurídico moderno y salvando las distancias- este reconocimiento no habría garantizado, de todas formas, un respeto incondicional hacia ellos - que es en lo que hace sagrado a cada ser humano individualmente, porque el ser considerado como persona depende de los criterios establecidos por un orden político impuesto por el más fuerte. Y estos criterios pueden variar dependiendo de los intereses de quien detenta el poder. (Aunque Simone Weil no lo nombra se pueden dar otros ejemplos al respecto: las mujeres no siempre fueron consideradas personas, desde un punto de vista jurídico; tampoco los indígenas de los países colonizados por los europeos). Lo que tiene de sagrado el ser humano debe residir, a juicio de la filósofa, en algo universal e incondicional, por encima de toda ideología, algo que hace del otro objeto de mi respeto hacia él o ella en toda circunstancia y en todo momento. Es de extrema importancia, arguye nuestra autora, comprender en qué consiste el carácter sagrado del ser humano, pues desde el momento en que se despoja al otro de este carácter, nada impide discriminarlo o masacrarlo. Todos los crímenes provienen, afirma, del hecho de que el otro y el mundo “no son lo suficientemente sagrados para mí”.<sup>4</sup> Si el otro no es percibido desde la perspectiva de este carácter, la exigencia de respeto

<sup>1</sup> “La personne et le sacré” fue publicado en *Écrits de Londres et dernières lettres* por Albert Camus en la colección “Espoir” de la editorial Gallimard en París, en 1960. (En adelante citado como EL.)

<sup>2</sup> Sobre el concepto de “persona” ver EL, pp. 11, 16, 20.

<sup>3</sup> Ver: Tucídides: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libro V, párrafo 105, editorial Cátedra, Madrid, 1988. Ver comentario de Simone Weil a Tucídides en *Attente de Dieu*, París, 1950, pp. 102-103.

<sup>4</sup> Ver: Simone Weil, *La pesanteur et la grâce*, París, 1948, p. 7.

hacia él o ella desaparece por completo. A la pregunta “¿por qué debo respetar al otro?” cabe solamente una respuesta: porque tiene un carácter sagrado para mí. Este carácter no consiste, como acabamos de ver, en ser “persona”. Hay algo aún más incondicional y universal que ser persona: *ser un intermediario entre el absoluto bien o dios y el mundo*. Para comprender qué quiere expresar Simone Weil con este concepto debemos detenernos brevemente en su concepción de la naturaleza del ser humano. Al igual que Platón -en quien se inspira- considera nuestra autora que la naturaleza del ser humano constituye una mediación entre lo divino y el mundo, entre lo sobrenatural y lo natural. En el mito de *Fedro* narra Platón la caída del ser humano del “carro celestial”: el alma al caer en el mundo adopta un cuerpo y desde ese momento alma y cuerpo conforman la naturaleza del ser humano. Esta composición es, sin embargo, contradictoria debido a la muy diferente procedencia del alma y del cuerpo: la primera tiene un origen sobrenatural y el segundo un origen natural.<sup>5</sup> El alma, afirma Platón, antes de caer pudo asomar por un momento la cabeza “más allá de la bóveda celeste”, esto es, pudo contemplar el bien absoluto (o dios, pues Simone Weil identifica el bien absoluto con dios, y no en un sentido exclusivamente cristiano). Gracias a esta contemplación el bien absoluto o dios está presente, a través del alma, en cada ser humano. Dicho de otro modo: todo ser humano representa una descripción o una manifestación individual del absoluto bien o dios en el mundo. En ese sentido todo ser humano constituye un canal de comunicación entre el creador y lo creado. En esto consiste precisamente el carácter sagrado. La vocación de todo ser humano es “ser un intermediario” entre el absoluto bien o dios y el mundo.<sup>6</sup> Destruir esta mediación es, según Simone Weil, el mayor crimen que se puede cometer hacia el otro, pues implica reducir su naturaleza a lo meramente corporal, natural; esto es, supone negar su vinculación con el bien absoluto o dios. Volviendo al relato de Tucídides sobre la guerra del Peloponeso denuncia la filósofa que los atenienses cometen este crimen al percibir a los habitantes de la isla de Melos desde una perspectiva reducida, es decir, como mera materia, sin ese vínculo original con el absoluto bien o dios. Desde el momento que ocurre esta reducción nada impide ya discriminar o masacrar al otro, pues la exigencia de respeto ha desaparecido. Esta reducción es denominada por Simone Weil el “dominio de lo personal” o también “forma de pensar personal”. Con ello quiere decir lo siguiente: la percepción que tengo del otro se reduce a su relación conmigo. El otro existe solamente en referencia a mi propia existencia. Es como si el otro no tuviera una existencia independiente de mi persona. Parece que desde el momento que no poseo la existencia del otro, éste dejara de existir automáticamente. La filósofa critica muy acertadamente que las cosas no dejan de existir porque ya no las poseamos o porque no las hayamos poseído nunca.<sup>7</sup> Entramos en relación con el otro por el simple hecho de compartir un espacio y un período de tiempo. La relación que el yo establezco con el otro o que el otro establece conmigo no es, pero, la única. Esta relación existe, y es una relación personal. Hay otra relación, sin embargo, que existe independientemente de mí y de mi relación personal con el otro: es la relación del otro con el dominio de lo sobrenatural. Es decir, la vinculación que el otro tiene con el bien absoluto o dios; vinculación que, como he señalado brevemente, es originaria de la naturaleza humana. Esta relación del otro con el bien absoluto o dios pertenece al “dominio de lo impersonal”. Con este concepto expresa Simone Weil lo siguiente: aquello que se opone al “dominio de lo personal”, es decir, al reduccionismo del percibir al otro solamente en relación conmigo. Platón insiste en que el alma “pasó la cabeza a través

<sup>5</sup> Ver: Platón: “Fedro” (246 a – 247 e) en *Fedon. Fedro*, Alianza Editorial, Madrid 1999.

<sup>6</sup> Nuestra vocación es ser “mediadores” como Osiris, Prometeo, Cristo. Ver: Simone Weil, *Cahier VIII*, p. 60, en *Cahiers VIII-XII, Oeuvres Complètes*, París, 2002.

<sup>7</sup> Ver: Simone Weil, *Cahier VII*, p. 491, en *Cahiers IV-VII, Oeuvres Complètes*, París, 1997.

de la bóveda celeste”, esto es, contempló el bien absoluto, *antes de caer* en el mundo y unirse a un cuerpo (*Fedro* 246 a – 247 e).<sup>8</sup> Este “antes” implica que la vinculación del otro con el bien absoluto o dios es anterior a la vinculación del otro conmigo. El otro se define primeramente por su relación con este dominio sobrenatural o “impersonal”, no por su relación conmigo. Lo sagrado, al igual que todo lo realmente importante en la vida, sólo puede madurar en el dominio de lo impersonal.<sup>9</sup> Desde el momento que lo personal domina todas nuestras relaciones con el otro, la exigencia y la posibilidad de respeto hacia él o ella desaparece, pues no se percibe en él o ella su carácter sagrado. Mi percepción del otro debe estar por ello orientada en todo momento a reconocer en él o ella ese dominio de lo impersonal, es decir, en contemplar al otro como un intermediario entre el bien absoluto o dios. Lo sagrado no consiste en un estado del alma, sino en una “buena orientación de la mirada”.<sup>10</sup> Esta buena orientación de la mirada es sinónimo de la justicia.<sup>11</sup> Difícilmente puedo ser justo con el otro cuando las únicas referencias existenciales que le permito pasan siempre por su relación con mi propia existencia. El otro mantiene otra relación originaria, universal e incondicional con lo Otro que yo. Hay que reconocer ese dominio, ese espacio en el que yo no entro. Con un ejemplo de Simone Weil es como saber describir un paisaje cuando no se está ya presente en él. \*\* El yo no debe pretender estar presente siempre en el dominio del otro, o dicho con mayor precisión, debe encontrar una forma de estar presente pero sin estar “personalmente”. Esto es, debe estar presente de una forma “impersonal”. La forma de presencia más justa es la “presencia ausente”. Simone Weil explica este concepto aparentemente contradictorio a partir de su teoría de la creación, que vuelve a inspirarse de nuevo en Platón. Según la filósofa, la creación no es fruto de la potencia divina -como sería el caso de Spinoza-, sino de la abdicación divina. Dios, pudiendo ser Todo, renunció, sin embargo, a serlo para que el ser humano y el mundo pudieran existir independientemente de él. El espacio abandonado voluntariamente por dios pasa a ser ocupado por la existencia del ser humano y del mundo.<sup>12</sup> Dios renuncia con ello no sólo a existir en soledad, pues la existencia es compartida ahora con el ser humano y con el mundo, sino renuncia también a relacionarse con el ser humano de una forma personal, es decir, renuncia a que el ser humano sea interpretado exclusivamente desde su vínculo con él. “No toda el alma está hecha para dios”, afirma Simone Weil. Hay una parte del alma que debe negar a dios, ser materialista y atea, para garantizar la independencia de la existencia del ser humano respecto a dios.<sup>13</sup> Hay, pues, también un espacio en el ser humano en el que dios no debe entrar y es conveniente que sea así. (Esta idea sirve de base a la crítica furibunda de la filósofa hacia la iglesia, quien pretende que “toda” el alma está hecha para dios. Hay una forma de llegar a dios por el ateísmo.). Esta ausencia de dios es sinónimo, sin embargo, de su presencia: dios otorga un don al ser humano -el de la existencia- y se retira sin pedir nada a cambio. Del mismo modo el yo otorga un don al otro al reconocerle ese dominio impersonal -es decir, su vocación de ser un intermediario entre lo sobrenatural y lo natural- y a continuación retirarse de su espacio. Este don consiste en percibir en el otro otras relaciones que no pasan

<sup>8</sup> De ahí deriva el filósofo griego la orientación del ser humano hacia el bien, porque ha conservado en su memoria ese instante de percepción del bien, antes de “caer” en el mundo.

<sup>9</sup> “Il y a dans chaque homme quelque chose de sacré. Mais ce n’est pas sa personne. Ce n’est pas non plus la personne humaine. C’est lui, cet homme, tout simplement”. (EL, p. 11). “C’est qui est sacré, bien loin que ce soit la personne, c’est ce qui, dans un être humain, est impersonnel. Tout ce qui est impersonnel dans l’homme est sacré, et cela seul”. (EL, p. 16)

<sup>10</sup> Ver : *Attente de Dieu*, p. 97.

<sup>11</sup> “Chacun de ceux qui ont pénétré dans le domaine d’l’impersonnel y rencontre une responsabilité envers les êtres humaines”. (EL, pp. 19-20)

<sup>12</sup> Ver : *La pesanteur et la grâce*, p. 36.

<sup>13</sup> Ver: *Cahier VI*, p. 367.

necesariamente por mí. Desde el momento en que le otorgo al otro este don estoy presente en él, pero de una forma ausente, “impersonal”, pues este reconocimiento implica al mismo tiempo la renuncia -la abdicación- del yo a reducir toda relación del otro a una relación personal conmigo. Simone Weil concluye por ello que el primer deber de todo gobierno, la finalidad de todo programa político debe estar orientada a potenciar el reconocimiento de este “dominio impersonal” en el otro.<sup>14</sup> No es ésta una cuestión meramente teórica que atañe solamente a la metafísica o la religión, sino que se trata de una cuestión inminentemente práctica que atañe a la política y al dominio de lo público: Sin el reconocimiento de este dominio impersonal no puede percibirse el carácter sagrado del otro; y si no se percibe este carácter en él o ella, entonces no hay razón para el respeto hacia él o ella. Y si falla este respeto la justicia es imposible. En el reconocimiento del carácter sagrado del otro radica la posibilidad de una convivencia justa y estable entre los seres humanos.

## **Conclusiones**

Conectando con lo que acabo de decir, creo que el mensaje de Simone Weil es de una gran actualidad y permite comprender mejor los aspectos menos agradables de lo que supone el relacionarse con el otro. Me refiero, por ejemplo, a la discriminación en todas sus formas. Una de las razones principales que aduce un varón que agrede a su ex -mujer o pareja es que no puede tolerar que se relacione con otro que no sea él. Es decir, no puede entender -como señala la filósofa- que lo que ya no se “posee” tiene una existencia independientemente del yo. Tampoco se admite que determinados colectivos sociales, por ejemplo los homosexuales, accedan a los mismos derechos que el resto de los ciudadanos. Podríamos citar muchas más ejemplos, pero de lo que se trata aquí es de lo siguiente: definimos al otro siempre desde el dominio de lo personal, sea éste el yo o el medio cultural en el que se vive. En muchas ocasiones se pone la propia cultura como pretexto para impedir ese dominio impersonal del otro. (En muchas culturas las mujeres carecen de derechos elementales, porque son definidas exclusivamente desde esa propia cultura, sin dejar espacio para otro tipo de percepción que la reducida a la propia cultura.) En contra de todo relativismo cultural considero, al igual que Simone Weil, que cuanto más universal, incondicional e impersonal es nuestra percepción del otro, más posibilidades habrá de tratarlo de una forma justa.

## **Bibliografía**

Simone Weil:

- *La pesanteur et la grâce*, París, 1948

- *Attente de Dieu*, París, 1950

- *Écrits de Londres et dernières lettres*, París, 1960

- *Cahiers IV-VII, Œuvres Complètes*, París, 1997

- *Cahiers VIII-XII, Œuvres Complètes*, París, 2000

Platón : *Fedón. Fedro*, Alianza Editorial, Madrid, 1999

Tucídides: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1988

---

<sup>14</sup> Ver: EL, p. 20.